



CAPÍTULO XVI

PREPARANDO EL CASTIGO

Salió Pedro Antonio, seguido del «Niño de Utrera»; y apenas desaparecidos, María del Carmen hizo sonar el timbre. Momentos después, presentábase en la estancia la misma criada que huyera del vaquero en cuanto supo que éste era el matador de su primo el *guapo* de Triana.

—¿Ha yamao la zeñora?...

—Zí; dile a Ramón que enganche zeguidamente la ziya de pozta, y que avize en cuanto esté preparada.

—¡Enzeguía; zeñora!...

Salió la sirviente, para volver apenas pasado un cuarto de hora, y decirle a María del Carmen que el carruaje esperaba en la puerta.

—Puedes retirarte.

—¿No quiere naíta má la zeñora?...

—Nada.

A la criada reemplazó la doncella, y la entristecida hija de Pedro Antonio hizo que le vistieran un traje sencillo, tocando su cabeza con un sombrero de campo que realzaba más su belleza.

Salió de sus habitaciones atravesando varias estancias; dió algunas órdenes antes de partir, y minutos después hallábase en la calle. El lacayo al verla, apresuróse a abrir la portezuela del carruaje. María dió al cochero la dirección de la Dehesa al tiempo de tomar el estribo.

Partió la posta tirada por dos soberbios troncos de mulas; y transcurridas dos horas, Carmela era recibida por su esposo a quien no dejó de extrañar tal visita.

—¿Y tú, tan delicada, cómo te has atrevido a venir?... ¿No ves que lo que has hecho es una locura?...

—¡Todo lo contrario creo yo! La vida del campo siempre é mucho má saludable, y estando enferma nunca más indicada.

—No deja de ser muy razonado tu argumento. Ya comprenderás que mis prevenciones las hago sólo por tu bien. Aquí, nunca podrás estar tan cuidadosamente asistida como en Sevilla.

—Lo que en mí no logre hasé la Naturalesa, no lo conzeguirá el médico.

—Está muy bien...: tú lo has dispuesto, y yo no tengo más voluntad que la de mi mujercita...

Y don Juan Manuel ofreció el brazo a su esposa: ella aceptó de muy mala gana, si bien disimulando habilidosamente su repugnancia.

Subieron hasta las habitaciones reservadas al matrimonio; y una vez allí, mostróse María más locuaz y comunicativa que nunca.

La imbecilidad del ganadero no dió importancia alguna al cambio tan repentino en el modo de ser de su esposa. Lo achacaba al deseo de expansionarse, y al fastidio que produce en el campo la falta de comunicación.

Así transcurrió el día sin que se vislumbraran los propósitos de María del Carmen, cada vez más atenta y expresiva con su esposo.

A la mañana siguiente, el matrimonio paseábase por cerca de los encerraderos, cuando un berrido próximo hizo que suspendieran súbitamente la conversación animada que sostenían.

—¿Toroz aquí a eztaz hora?—interrogó con marcada intención la esposa de Cubero.

—Uno solo.

—¿Enfermo quisá?...

—No...: precisamente por demasiada salud está enchiquerado...

—¡Qué coza má rara!...

—Más raro te parecerá saber qué toro es ese.

—¿Y por qué?..

—Por su celebridad...

—¿Y tal selebridá, a qué obedese?...

—A un hecho de muy triste recordación.

—¿De muy trizte recordasió?...

—Sí.

—Haz despertado mi curiozidá... Quiero za-bé de qué hecho ze trata.

—Quizá no te agrade mucho el recuerdo.

—¿Y por qué?...

—Porque creo que así ha de ocurrir...

—Bueno...: pue, no importa...: ¡Quiero zatzifasé la curiozidá!

—¡Luego, no me culpes si recibes una mala impresión!

—No te culpo...: ¡descuida!...

—Pues bien...: ese toro es,... ¡no te lo digo eha!...

—Me eztá poniendo nervioza...

—Es... es...

—¡Dale!...

—Temo que la noticia te perjudique...

—¡Te prometo que no!...

—Ese toro es...

—¡Acabal...!

—¡Es, «Desavío!»...

—¡No lo creo!—respondió María conteniendo su indignación.

—Jamás mis labios pronunciaron mayor verdad...

—¿Pero, «Dezavío», no murió en la Plasa?...

—No pudieron con él, y tuvo que ser encerrado.

—¿Y cómo ha vuelto aquí de nuevo?...

—Pues muy sencillo...: dando yo a la empresa, lo que la empresa me pagó por el toro.

—¿Y por qué hisiste ezo?...

—¿No merece el recuerdo de Currito conservar a su matador?...

—Tú quería mucho a Currito; ¿verdá?...

—¡Mujer, no sé lo que contestarte; porque como tú no crees nunca nada de lo que te digo!...

—¡Ziempre la fama fué zegún loz hecho!

—Otros obrarán peor, y no serán tan censurados... Tu ánimo está siempre predispueto a dar pábulo a todo aquello que desdiga de mi seriedad y de mi buen concepto.

—Zoy poco indulgente...: ¿no é azí?...

—¿Por qué te muestras siempre mordaz y agresiva?...

—¿Meresen otra coza tuz dezatino?

—¿Jamás he obrado bien?...

—¿Con tu ezpoza?: ¡nunca!...

—¿No es obrar bien, seguir adorándote sin tener en cuenta para nada tus insultos?...

—¿Ez por bondá acazo?...

—¿Por qué, si no?...

—¿No podría zé intimidado por el temple de Pedro Antonio Rico?...: ¿o ez que ya no recuerda del por qué estáz aquí?...

—Mucho confías en la bravura de tu padre; y es necesario que sepas que, el hombre, no es más que circunstancias... No debes perder de vista, que hoy más parte toman en las graves resoluciones las armas, que los arrestos: y en eso de las armas, tengo la suerte de ser muy diestro... ¡Pongo la bala, donde pongo el ojo!...

—Una coza é cuando ze dizpara sobre un blanco zin expozición alguna, y otra coza é dizpará sobre un hombre con el que ze arriezga

todo... Aquél, permite que el dizparo ze haga de nuevo; éste, mata zi el tiro yerra; y ziendo azí, al má hábil tiradó le zuele temblá el pulzo.

—¿Pero crees que tu padre viviría si no fuera padre tuyo?... ¿Por qué salí de casa los otros días?...: pues, porque me conozco, y quiera Dios que nunca tenga que probarte lo contrario de lo que tú has supuesto.

—¿Quiere que hablemo de otra coza?...

—¡De lo que tú deseas; vida mfa!...

—Del «Dezavío»; pongo por cazo.

—Sea del «Desavío...: pregunta todo cuanto quieras.

—¿Puedo vé a eze toro?...

—¿Cómo que si puedes?... Aquí eres el ama, y no se ha de hacer otra cosa sino cumplir tu voluntad.

—Zí...: pero donde hay patrón, no manda marinero; ¿no se dice ezo?...

—Eso se dice...: pero en tí no cabe el proverbio, porque el patrón eres tú, y la nave marcha rauda bajo tu gobierno.

—¡Eztá galantízimo, hazta el extremo de confundirme!...

—¿Se puede ser de otra forma tratándose de tí?...

—¡Qué poca memoria tiene!...

—¿Te refieres a que alguna vez que otra, en medio de la desesperación que me produce tu desvío, he dicho cuatro sandeces que no has debido tomar en cuenta?...

—Eztá bien...: pero en fin; ¿para qué vamo a recordá coza que ya pazaron y presisamente cuando voy creyendo en la pozibilidadá de que podamo correzpoderno?...

—¿Hablas en serio?...

—¿He faltado yo a la zeriedá alguna vé?...

—¡Bendita seas; mi María del Carmen!...: ¡tú no sabes el bien que me haces, con sólo pensar que pueda llegar día que te decidas a quererme!...

—Pué por desidido.

—¿No me engañas?...

—¡Otra vé?...

—Has abierto para mí las puertas del cielo...: ¡oh María!...: ¡por fin: por fin he logrado mis sueños dorados; mis sueños de ventura!...

—No me lo agradezca del todo, ya que en miz decizione han tomado parte loz egoísmo.

—¿Los egoísmos?...

—Zí...: he reflexionado zerenamente, y la razón ze ha impueztó a laz iluzione... El deztino me ha hecho tuya...: es fuersa viví a tu amparo, y contigo pazá la vida...: ¿zería viví eztá ziempre en continua lucha; en insesante porfía?... No me quedaba otro recurso que zucumbí, y he zucumbido...

—¡Ángel mío...; pero eso es cálculo...; no es amor!...

—Confórmate; detrás de lo uno, vendrá lo otro... Ayé te hubiera rechazado; hoy vengo a buzcarte...: ¿te parese poco?...

—Es verdad; es verdad...: estoy satisfecho

cielito... Déjame que en el campo; donde los pajaritos se arrullan y la Naturaleza sonrís, beba la felicidad en los divinos corales de tus labios...

Y el viejo vil, estrechó fuertemente a María besándola en la boca. La esposa correspondió, siendo aquel su mayor sacrificio.

—Vamos; vamos a la casa; riquita...

—Luego; luego; ten calma.

—¡Oh, qué día más largo se ha de hacer hoy para mí!...

—Mejó; mucho mejor...: ¿no zerán azí má colmada tuz iluzione?...

—¡Qué gran mujer eres; esposa mía!...

—¿Lo vé ahora?...

—No seas injusta...: lo he visto siempre...

—Y a todo ezto, a pezá del amó loco que ziente por mí, haz olvidado un capricho de tu mujersita...

—¿Un capricho tuyo?...: ¡dí cual es; reina de mi corazón!... ¡Tu maridito no reconoce más afanes que los de ser tu esclavo, y satisfacer hasta tus más fútiles deseos!...

—Quiero vé a «Dezavío».

—¡Mecachis!...: ¡mira ahí una cosa en la que, de momento, no puedo complacerte!...

—¿Y por qué?...

—Pues muy sencillo...: porque la llave del cerradero la tiene el «Niño de Utrera», y le he dado permiso para ir a Sevilla, con el fin de que pueda ultimar algunos asuntillos suyos.

—¿Y no vendrá hoy?...

—Sí...: no tiene más remedio que estar de vuelta para antes de que se recoja el ganado.

—¡Pero entonse, ya no zerá hora?

—Déjalo...: si tú tienes capricho de ver el toro, después de todo, en la semioscuridad del chiquero, no puedes apreciar bien su arrogancia...: yo haré que el «Niño» lo saque mañana al corral, y mientras que allí come el pienso, tienes tiempo sobrado para examinarlo a tu placer...: ¿te parece?...

—Lo que tú quiera.

—Así es mejor...: ¡como no puede uno hacer cuenta de estos desarrapados cuando emprenden el *tole!*... Por cierto que ya me va amoscando las repetidas andanzas del tal «Niño». Se creen que son rentistas, y que el jornal hay que *ganarlo* sin ganarlo...

—Así sois los mimados del favor...: todo para el dinero, y por el dinero... Loz dezheredado, no tienen derecho a tené derecho...: no han de reconocé máz que obligasione...: imprescindible deberez a cumplí con la cronométrica exactitud que lez exige el hijo del oro, y un gezto de dezdén, cuando recuerdan el debé al endiozado...

—No es eso María.

—¿Cómo que no?...

—Escucha...: con esta gente ineducada, hay que ser inflexible a veces, no por sentimiento, sino por necesidad... Su ignorancia, no sabe determinar lo que es favor o es flaqueza...; y así como les satisface ser tratados con mansedum-

bre, por quienes les pagan, si en cambio ellos suponen carencia de valor en lo que sólo representa exceso de consideraciones, más vale que te pille un bicho de los que criamos por acá, que el engreído servidor se desahogue haciendo funcionar de lo lindo los cuartos traseros; porque entonces, puedes irte de la casa para que ellos la gobiernen. Eso es todo...: conque ya ves cómo las cañas se vuelven lanzas, y no son infelices los que trabajan; sino por quienes trabajan...

—¡Pobresito!...

—¿Pobrecitos dices?...

—Zí...; pero me refiero a vozotro... ¡Azí eztái; dá pena vero bajo el influjo de tanto zufrimiento!

—Pues no lo tomes a chacota hijita...: que lo que te digo, es el puro Evangelio...

—¡Y la Epíztola!...

—¡Qué rica eres!...

—¿Rica?... ¡Yo pertenesco a eza claze de gente pobre e ineducada a que aludía hase un momento!

—Tú eres la esposa del primer contribuyente sevillano.

—¿Y qué importa?...: ¿acazo el origen ze puede comprá?...

—Tienes respuesta para todo...: eres invencible...

—Y zin embargo, tú me haz rendido al fin...

—¡Ay!... ¡No me lo digas Mariquita!...: ¡tú eres la que siempre me has rendido!...

—¡Aduladó!...

—¡Remonona!...

—Temo que te vaya a quebrá...

—¿A quebrarme yo; por qué?...

—A fuersa de lo fino que te está poniendo.

—¡Tú sí que me pones a mí!...

—¿Cómo?...

—Como yo me sé...

—Bueno; pues, cáyatelo; cáyatelo y deja laz manesita quieta...

—Pregúntame antes si puedo.

—Pue tiene que podé...: ez tamo en el campo, donde zuelen a vese zurgí mirada indizcreta, y con eyo no reverensiaría mucho a tu ezpoza...

—Es verdad; pero me vuelves loco, y no sé lo que hago...

—Pue hay que procurá tené cordura...

Don Juan Manuel miró el reloj y dijo a Carmela con acento acariciador:

—¡Cómo pasan las horas a tu lado; gloria mía!...: ¡la una ya!...

—¿La una?...

—¡Y diez minutos de la otra; hermosa mujercita!... Vamos ya hacia la casa; el almuerzo nos estará esperando, y hoy me ha de saber mejor que ningún día.

—¿Por qué?...

—¿Y tú me lo preguntas?...

—¡Parese que haz vuelto a la primera edá!...

—El corazón es siempre niño, y tú la dueña de mi corazón.

Continuaba el berrear del toro...: y aquel mugido del feroz bovino, era para María del Carmen algo así como una promesa.

«Desavío», había sido designado por la hija de Pedro Antonio, como arma segura de su venganza.

— Señora; ¿ze pué pazá?...

— Adelante...

— En cuantito que je yegao m'han dicho que ozté preguntaba por mí, y aquí eztoy pa lo que la zeñora me quía mandá...

— ¿Y don Juan Manuel?...

— Ayá en loz enzerraero viendo recogeze er ganao.

— Muy bien...: luego eztamo zolo; nadie puede ezcucharnos; responde.

— La zeñora pué preguntá toíto cuanto dezee.

— ¿Haz acompañado a mi padre?...

— Me zeparé de é, pa venirme aquí.

— ¿Dónde habéis ido?...

— En cá doña Fransisquita, que é una zeñora mu güena, mejorando lo prezente.

— ¿Qué habéis hecho ayí?...

— Yo ezcribí, y er zeñó Pedro, dirtá.

— ¿Qué has escrito?...

— Toísta la verdá...: cuanto dije a'ztéz en er palasio e la Plasa e Zan Fernando.

— Eza precausione no eran nesesia.

— Ya lo zé yo...: pero en fin; yo he zío un mal

home, y no tengo erecho a que naide crea en miz palabra.

—Inconveniente del que como tú, pazó la vida en el ejersisio de malaz arte.

—Por ezo m'aguanto, zubro y cayo; zeñora.

—Zi perzizte en zé hombre de honó, yo haré porque tu zuerte zea otra.

—¡Jurao toa la víal!...

—Me alegro mucho, porque el arrepentimiento sinsero, aún puede zalvarte.

—¡Pue por zarvao me tengo, zi el home que fué malo ze zarva azina!...

—Y a otra coza «Niño».

—M'andozté...

—El «Dezavío»; ¡eze toro maldito eztá en la caza y nada me haz dicho ezta mañana?

—Ze me orvió zeñora...: y luego, que creí no fuera p'azté muy importante la notisia; la verdá.

—¿Tú cuida de eze bicho?...

—Zi zeñora...

—¿Cuál ez el eztado del toro?...

—¡Boyante!...: ¡fenomená!...: ¡con má gana de jerí que nunca!...

—¿De vera?...

—¡Miztelá!—y el Vaquero entrecruzó sus dedos llevándolos luego hasta los labios en prueba de juramento.

—Me alegro que azí zea.

—¿Qué quiere la zeñora?...

—¿Tú eztá dizpuezo a zervirme?...

—¡Manque me cuezte la víal!...

- Grasia «Niño».
- ¿Qué jay que jasé?...
- Ezcucha atento...: mañana voy al serrado con don Juan Manuel; en cuanto ayí eztemo, te mandará que dé zuelta al «Dezavío» para que yo pueda verlo en toda la plenitú de zu pujansa; cumple toda laz órdene de eze viejo miserable; y en cuanto haya terminado con tu cometido, zube al terradiyo, donde eztaremo nozotro, por zi acazo yo te neselitara...
- Lo jaré tal y como la zeñora dezea...
- Bien pagado, zi cumple; o bien molido zi me traisiona...
- ¡Yo eztoy pagao y mu bien pagao, con zerví al ange que me conzuela en la vía!...
- ¡Grasia por tuz lisonja hombre!...
- ¡Jabla er corasón; poi que mi boca, en jamá zupo esir eza coza!...
- ¡Pienza bien en que los frágile de lengua, zuelen pazá a vese por transe muy difisile!... ¡A vé si no ere muy torpe, y hase por comprenderme!...
- ¡Zi derzaminaran de ezo, era yo la *armiración!*...
- Azí me guzta.
- ¡Pue cuente ozté que zerá azín!...
- Vete ya...: no zea coza que el amo venga y pueda zorprenderno...
- ¿Y qué?...: ¡zi viene el amo y dise a la zeñora una palabrita, ze cae ar zuelo roando, pero que lo dezo frito!...

—No e nesenario...: El ganadero no debe morir así...

—¿Manda algo má la zeñora?..

—Que no olvide nada de cuanto te he dicho.

—Dezcuide ozté, que no nezezitaré comé rabi-
to e paza.

—Ezo ezpero...

—Jazta mañana, zi no jago farta ante...

—Adió «Niño»; hazta mañana.

Y el vaquero salió de la estancia, dejando a María abismada en sus pensamientos.

CAPITULO XVII

LA PENA DE TALIÓN

Bueno será recordar que, así como Eriberto de Cantú ayudó a Sállico para que éste se apoderara de la corona de Italia, convirtiéndose después en su más decidido enemigo, en cuanto Conrado mandó prenderle, conocida la sublevación de la nobleza contra aquel Príncipe de la Iglesia, al que venciera en la batalla de Campo Malo en pago de los desafueros que realizara durante el tiempo de su privanza cerca del Emperador, así don Juan Manuel, que fué el padrino decidido de Curro Ramírez para que éste ocupara el trono de la torería, tornóse luego en rival encarnizado, desde que el arrogante mozo lo venció en la batalla dada para conquistar el corazón de María del Carmen; derrota que, como contienda de amores, jamás quiso perdonar el ganadero, llegando en su bárbaro odio hasta el

extremo de querer arrebatarle la vida de un modo cruel y miserable.

Se ha dicho del amor propio, que, «es al espíritu, lo que la sensibilidad física al cuerpo; que es la base de muchas de nuestras virtudes, y el móvil de muchas buenas acciones cuando se interpreta en un sano sentido»; pero también se ha dicho, que, «cuando no es un sentimiento de elevación honrado y deseoso de legítima gloria, se trueca en inmoderada estimación de sí mismo, en orgullo y vanidad, en un movimiento exclusivo de preferencia para sí, constituyendo entonces uno de los mayores defectos que puede tener el hombre». Así lo sentía aquel viejo enmalgramado, engreído de su fortuna, sin que llegara a reconocer que las herencias no significan virtud ni esfuerzo alguno, que es lo que en realidad documenta, eleva y amerita.

.

Era la tarde espléndida.

María procuró hacerse la enconfradiza con su esposo, y éste al verla, hubo de preguntarle con acento tan tierno como enconcorante:

—¿Dónde va por aquí la reina de mi casa?...

—A recordarte una promeza.

—No tienes que recordarla; porque como cosa cuya, la tengo muy presente, y, ya he dado instrucciones al «Niño de Utrera», que en este preciso momento marcha hacia el encerradero, pues ya sabes que las cosas más baladíes de mi María, son sagradas empresas para su esposo.

—¡Galante eztá!—dijo la hija de Pedro Antonio disimulando su repugnancia por tales finezas.

—No es galanteo mi decir...: es sinceridad que brota espontánea del amor que me inspiras.

—¡Grasial

—Las tuyas, van a trastornar mi juicio.

—¡Cuidado que ezo é peligrosol...

—¿Qué me importa, si es por tí tal peligro?

—En fin; ¿quiere yevarme donde me haz prometido?...

—¿Pero de veras quieres ver al toro?...

—¿Qué te extraña?...

—¡Lo que si oyera de otros labios me haría reír!

—¿Por qué?...

—¡Porque ese bicho te hirió muy hondo, para que sientas deseos de verle!...

—¡Pozible é que eze mismo dezeo nazca del doló que me produjo la herida!...

—¡Ingrata!...: ¿así te portas conmigo?...

—Tú ere el culpable...: ¡me provoca, y tengo que recordá coza que eztaban muy lejo de mí. .

—Fuere como fuere, quiero complacerte gitana mía... :¿vamos?...

—Cuando tú quiera.

Ambos emprendieron el camino, y durante el trayecto don Juan Manuel deshízose en mimos que ella se vió forzada a aceptar.

Cuando más interesante se iba haciendo la conversación para el satiriásico viejo, el matri-

monio se halló frente a la puerta de los corralizos.

Golpeóla don Juan Manuel fuertemente, y momentos después, el «Niño de Utrera» franqueábalas la entrada.

Una vez en el corral inmenso, pensó María en que allí, su padre y el ganadero, se entusiasmaron viendo las asombrosas disposiciones de un rapazuelo que ejecutaba las suertes con una precisión, un arte y una valentía, que para sí hubieran querido los más hábiles lidiadores.

Este recuerdo cruzó también por la mente de don Juan Manuel, y el mordido del remordimiento le hizo temblar...: aquel niño ya no existía...

Pensaba Carmela en las escenas de aquella mañana inolvidable en que conoció a Currito, burlando con maestría inimitada, con valor temerario, las acometidas de las reses, sin que por una sola vez se le viera flaquear ni mostrara cansancio.

En los momentos en que la infeliz mujer volvía a pisar lugares de tan tristes recuerdos, le pareció ver que vagaba por los tapiales la sombra del ser querido.

Había en el encerradero silencio de muerte...: parecía como que al morir Currito, el sol entraba allí para llorar, besando al mismo tiempo con sus destellos de fuego las paredes tétricas como losas de sepulcro.

Conforme la imaginación iba rodando en danza loca, en el corazón de María se adentraba más y más el deseo de venganza.

El odio se hacía avasallador. Sus miradas fulminaban contra el marido, el cual, examinándolo todo con un detenimiento exagerado como aquel que siente ansias de hallar motivo de reprensión, no se daba cuenta del abismo que íbase abriendo a su paso.

Hecha minuciosamente la requisa, don Juan Manuel tornó al lado de su esposa, preguntándole empachoso y majadero:

—¿En qué piensas vida mía?...

—En la tarde que por vé primera vizité ezto lugare...: ¿te acuerda?...

—¿Cómo se me va a olvidar eso?...

—¡Qué diferencia!... Entonse, todo alegría; inquietud alentadora; gose; mundo ahito de esa oleada zugeztiva de viví amorozo y acarisian-te...: hoy, momento triste, quietud dolorosa, horraz yena de eza agobiadora marea del zufrí, que aroman a muerte.

—¿Por qué has de mortificarte tan de continuo, si estás en la edad de disfrutar, y en circunstancias de que aceptes todas las venturas propias de esos rosados sueños de juventud?... ¿Qué quieres tú, matar recuerdos torturadores?... Yo te proporcionaré dichas en que te ahogues de felicidad, y hagan que para tí transcurran los días entre placeres que despierten rosadas ilusiones... En esta casa no se supo llorar jamás; en cambio, jamás se cesó de reir...

—¡Hase tiempo que el plasé me zabe a doló!...

—Yo te diré lo que te hace falta...

—¿A mí?: ¡nada...!

—Bueno; vamos arriba, y hablaremos luego...

El ganadero cogió del brazo a su esposa, notando un ligero estremecimiento:

—¿Tiemblas ángel mío?...

—¡La emoción quisá!...

—¿Emoción de qué?...

—Estos lugares, siempre previenen.

—Todo es cuestión de acostumbrarse... Además; tú no eres de las que tan fácilmente se sobrecogen... Recuerda el día de la *tienta*, en el que derrochaste valor impropio de tu sexo, quebrando a cuerpo limpio el novillo aquel que puso en dispersión a la mayoría de los invitados...

—Entonse era yo otra.

—¿Tan pronto ha huído de tí el valor?...

—Al peligro hay que avesarse como a otra coza cualquiera.

—No te digo que no...: pero para avezarse a él, se necesita valentía.

—Yo me he vuelto cobarde.

—No quiero que mi mujercita sufra... Vamos al terradillo, y allí estaremos seguros...

—Sí; vamos...

—Aquí no podemos estar...: a este corralizo le faltan los burladeros...; he mandado que los hagan nuevos, porque los que tenía eran un verdadero peligro para la gente que había de refugiarse en ellos... La intemperie, la lluvia, el sol y las cornadas, los dejaron imposibles.

«Desavío» que oía pasos en el corral, comen-

zó a berrear asomando los morros babeantes a través del pequeño ventanillo del chiquero, para luego retirarse y derrotar sobre el machucho portón, que estremecía a cada embestida del iracundo animal.

—¡Vamos; vamos arriba pronto!...—decía a su esposa don Juan Manuel—; no me fío de ese bicho; es muy capaz de meter la cabeza con ganas, hacer saltar el pestillo, y plantarse en medio del encerradero en menos tiempo que se dice...

—¡Ay por Dió!...: ¡corramo ya!...

Una escalerita estrecha y pina que partía de uno de los ángulos del vasto corralón, se presentó a la vista de María del Carmen; se encaró por ella con tal ligereza, que su esposo quedó admirado. Siguióla éste, y momentos después el matrimonio quedaba alejado de todo peligro.

El «Niño de Ultera», garrocha en mano, esperaba las órdenes de don Juan Manuel para dar suelta a la fiera.

—Vamos hacia el terradillo del lado opuesto, desde donde veremos con todo detalle la salida del animal—dijo Cubero a su esposa—y ambos se dirigieron hacia el lugar designado por el aristócrata. Una vez allí, hizo que María se fijara en el ventanillo de gruesas tablas pintadas de almagra—como el resto de aquel portón fiero y rudo—a favor de cuyo ventanillo adivinábase el interior del cubil, donde envuelto en la semioscuridad entrevefábase la imponente figura del astado. Ape-

nas éste oyó el silbido que lanzara don Juan Manuel, púsose en pie, quedando fijamente ansioso en aquel pequeño cuadro por donde entraba a oleadas la luz.

—«Niñoool!»—gritó el ganadero.

—¡Qué manda oztéee!...

—¡Da suelta al toroool!...

—¡Ya mizmo!...

Y el de Ultrera se tendió a lo largo sobre el terradillo: empuñó la garrocha—al extremo de la cual, en vez de puya, aparecía como una especie de horquilla—y haciendo descender la lengua vara a lo largo del portón, estuvo con ella tanteando hasta conseguir tropezar con el pestillo, para tirar de él y hacerlo salir de su lecho.

Al ruido que produjo esta maniobra, el toro embistió sobre la puerta, abriéndose ésta con ímpetu tremendo. Un segundo después, la fiera salía del chiquero quedando en comedio del corralizo mugiente y desafiadora.

—María; dime si has visto en tu vida un animal que pueda ser comparado a éste, en finura y en trapío:—interrogó don Juan Manuel.

El rostro de la infeliz mujer se había puesto densamente pálido ante la vista del bruto que rompiera con ferocidad salvaje todas las esperanzas que su corazón mantenía en continua elucubración amorosa.

—¡Maldito!...: ¡Maldito!...—gritó la desdichada, mientras que sus ojos llenábanse de lágrimas.

—¿Ves tú lo que yo presagiaba?... Aún amas a Curro...: lo que brota de los labios espontáneamente, es lo que puede reputarse de sincero... ¿Quién te hace verter ese llanto, si no es el recuerdo de aquel a quien «Desavío» sacrificara?...

—¿Acazo ezpera que yo niegue la verdá que ensierran tuz palabra?... ¡Ah, puez te engaña!... ¡Maldito; zí!...: maldito toro, que hirió en mi corasón, porque en él eztaba el único hombre que yo he amado locamente toda la vida!.. ¡Fuera ya de fingimiento, y ziga yo confezándote zin reboso alguno, lo que jamá te oculté, porque azido va a mi alma con ahinco de garra!...

—¿Y así te expresas delante de mí?...

—¿Qué inconveniente hay en eyo?... ¿te dije lo contrario alguna ve?...: ¿acazo ignoraba que mi amó, mi entusiasmo, mi vida toda, conzagrábanze a Curríto?...: ¿que yo no zentía otra ambisione que la de zé para é?...

—¡Por eso hice bien en quitártelo!...

—Quién; ¿tú?...

—¡Sí; yo!...: ¡la expresa voluntad mía!...

—¡Zi miz ojo no hubieran vizto herí, quisá me hisiera creé lo que no puedo creé!...

—Tú viste herir a mi rival...: lo que has ignorado hasta este instante, es que a herir, enseñé yo al toro...: o mejor dicho; a herir, lo enseñó aquel que desde el opuesto terradillo acaba de darle suelta...

—¡No te creol!...

—¿No me crees?...: ¡mejor! Pero dime...: ¿a

qué obedece pues el entusiasmo que siento por ese bicho?...

—¿A ezo?...

—¡Sí; a esol... ¡El animalito satisfizo mi más ansiado deseo, librándome de aquel ingrato que conmigo cumplió de un modo miserable!... ¡Ese toro es mi vengador!...

—¿Te atreve a insultá a un muerto?...—dijo María, rugiente como tigresa.—¡También tiene el ido quien procura vengar!o!... ¡Maldito tú, mil vese más culpable que la mizma beztia!...

—¡Hola, hola!...: ¿con que esas tenemos?...

—¡Te falta való para todo: incluzo para tu reprezalia!... ¡Yo, una débi mujé, te enzeñaré el modo de tomá vengansa!... ¡Así; afrontadamente; mirando al sielo y dando la cara a Dió, para que me jusgue con toda la duresa a que me haga acreedora, por mi accione!...

—¿Luego tu arrepentimiento ha sido falso?...: ¿has ofrecido una reconciliación que no sentías?

—¡A loz cobarde hay que zorprenderlo!...

—Sorpresa que no ha de servirte para nada, si no es para que te haga sufrir mayores suplicios...

—¡Es tarde para ezo!...: el bezo que me haz dado al entrá ¿no te ha zabido a muerte...?

—¡No rica!...: ¡me ha sabido a gloria!...—contestó el enmalgramado ganadero, sonriendo sin duda para disimular el miedo que tenía ante la heroica decisión de aquella mujer.

Sin saber por qué, sintió el miserable el esca-

lofrío de la pavura...: presagiaba algo trágico; un momento espantable que no podía hacer por esquivar, porque ignoraba el instante, el abocamiento en que fuera evitable el peligro temido...

—¡Vaz por fin a purgá tuz miseria!...

—¡Tú me obligas a ser más cruel!...: ¡sin tus provocaciones no hubiera llegado a tanto!... ¡Curro murió por sus arrogancias!...: ¡tu padre morirá hoy por sus gallardías!: y tú,... ¡tú rodarás hasta que te ahogue el cieno!...

—¿Mi padre?...: ¿haz dicho que mi padre morirá hoy?...—interrogó la joven con fiereza.

—¡Eso he dicho; sí!... ¡Ha sonado la hora de la justicia, y es preciso que me vayais conociendo!... ¡Fuera de súplicas; de innecesarios rebajamientos!...: ¡contra mí, no hais de poder!; ¡yo puedo contra vosotros!... ¡Ellos, a la tierra!...: ¡al oprobio tú!... ¡Por voluntad, no quisiste ser la mujer mía, y por fuerza serás la mujer de todos!...

—Si fuera posible que lograraz la ruindá de tuz propózito, ¿para quién zería la mayor vergüensa?...

—¡No hay para mí vallas cuando persigo una venganza!... Además: tú no eres mi esposa, porque yo lograré a fuerza de dinero, que desaparezca toda justificación que pueda legalizar nuestro estado...

—¡Móztruo!...: ¡Móztruo!...

—Tú lo has dicho...: ¡mónstruo!... ¡Y mira si has hecho que acrezca en mí la monstruosidad,

que enfreno los ímpetus fogosos de mis horribles ansias, para que la saña demoniaca de mi pasión reprimida te haga a mis ojos más deseada!... ¡Aquí; aquí vas a ser mía!—gritaba lascivo y heroso:—¡aquí bajo la cúpula azul del firmamento; sobre la tierra dura; oyendo el delicioso trino de los pájaros, y el rugir escalofriante de las fieras!... ¡Aquí vas a ser mía, pero no sin antes hacerme testimonio de cuanto soy capaz cuando trato de dar pávulo a mis odios!... ¡Tú misma con tu cuerpo; con tu mágica hermosura; con tus íntimos encantos, vas a pagar la vida de tu padre!... ¡Tú sola eres el premio que ofrezco al matador!... ¡Míralo!...: ¡allí está!...: ¡el arrepentido ante tí; el arrepentido ante Pedro Antonio!...: ¡De qué modo admirable ha estudiado su papel!... ¡Vale mucho ese hombre!... ¡Ven; «Niño» ven!...: ¡cobra el precio de tu trabajo!... ¡No te quejarás: pago anticipado!... ¡Ven y muerde sobre esta carne aromosa que es como fruto de maleficio!: ¡tengo seguridad en lo que ofrezco!: ¡te hará feliz!...

La faz de María del Carmen transformóse de tal modo, que la que antes pareciera *virgen veneranda*, resultaba ahora *ángel caído*.

El «Niño» obedeció; sí: pero corría en socorro de la víctima, cuando el victimario creyó que volaba en auxilio suyo.

Los miserables tienen a veces graves descuidos, y más, cuando tratan de obrar contra la inocencia que la escuda Dios.

Don Juan Manuel no llegó a precaver el inmi-

nente riesgo que corría ante una hembra valerosa y decidida como era María del Carmen.

El ganadero estaba casi al borde mismo del terradillo, cuando ella, aprovechando un descuido del viejo, se avalanzó rápidamente sobre él, empujándolo al abismo con todas las desesperadas fuerzas que su débil estado permitía.

Fué horrible aquéllo...: Don Juan Manuel que no esperaba la súbita agresión, vaciló, quedando ante el espantoso peligro, haciendo inauditos esfuerzos para conseguir guardar el equilibrio. Sus ojos desencajados estaban fijos en el patio por donde «Desavío» discurría ansioso de encontrar algo que se hiciera objeto de sus acometidas. La cara del maldito ganadero tenía palores cadavéricos. Moviendo desesperadamente los brazos; arqueando el cuerpo hacia atrás unas veces; hecho puente hacia adelante otras, como nuevo Túcaro de la funambulfa; era terrible el sufrimiento del bellaco, ya que en sólo unos instantes padeció torturas tantalinas como justo castigo de sus miserias.

—«¡Niño!»... ¡pronto!... ¡pronto!... ¡favor!... sálvame!...—gritaba desesperado el sexagenario.

Una carcajada irónica fué la respuesta.

Perdida por fin la gravedad que aquel cuerpo pudo mantener durante unos segundos, el miserable creyó morir de espanto al verse en el vacío. Quedó de pies: imposible narrar su pánico cuando «Desavío» que, estaba algo distante, re-

volvióse nervioso, precipitándose contra su propio dueño.

Caído el sombrero; el cabello erizado; la faz descompuesta y dando grandes voces en demanda de auxilio, don Juan Manuel corrió desesperado hacia uno de los extremos del corralizo, arrinconándose en el ángulo que formaban las dos paredes. Allí derrotó el toro con feroz impulso, sin que lograra recogerlo, por tropezar las astas en ambos muros.

—¡Infame!...: ¡maldita seas!...—gritaba a su esposa.—«¡Niño»; sálvame, y mi fortuna será para tí!—repetía Cubero.

El toro volvió a tomar tierra, levantando con las patas nubes de polvo, mientras que rugiente y fijo en la codiciada presa, de nuevo arremetió en acometida salvaje.

María, avanzando varonil a semejanza de aquellas amazonas que, según los antiguos, habitaban las orillas del Termodonte; o de aquellas otras, que en el África subyugaron a los etíopes y númeridas, llegó hasta el borde del terradillo que elevábase sobre el lugar del suplicio, y con gesto mefistofélico y voz tonante, gritó al toro:

—¡Hiere; hiere pronto!...: ¡arráncale la vida!... ¡No te detengan zuz cobarde alarido!...: ¡hiere; hiere ahí; zobre eza fiera entraña que zólo late para cauzá dezgarradura máz cruele que laz que tú cauzas con laz azta maldita!...

Como si la bestia hubiera entendido el deseo de su instigadora, se arrancó más fuerte que nun-

ca engançando por fin al ganadero al que volteó aparatosamente, corneándolo después de un modo furioso.

—¡Paga todo mi odio; toda mi dezgrazia, todoz tuz crímenel... ¡Él; él era mi ventura; miz zueño de felisidá; miz ezperansa, y tú preparazte zu perdisión!...: ¡hiere; toro hiere!...: ¡que la vida de Curro la pague con zu vida!...

El bicho recrecía en su ferocidad, ya que nadie dificultaba sus acometidas.

Una, otra y otra vez, hundió el asta hirviente para sacarla tinta en sangre; en sangre que humeaba como aquella otra que viera la hija de Pedro Antonio, enrojeciendo la arena del circo en la tarde trágica.

Aquella Mariquita linda y delicada como flor de invernadero, mostrábase leona, sin que por una sola vez pensara en perdonar.

Vengaba su honor y su dolor.

El «Niño de Utrera»; quedóse extasiado ante la contemplación de la incopiable belleza de María; y, avalanzándose de súbito sobre la infeliz, apretujóla sobre su hercúleo pecho besando aquella boca antes de que la joven pudiera evitar la profanación.

—¡Ere un miserable digno de eze!...—exclamó frenética María, al mismo tiempo que señalaba el cuerpo exánime de don Juan Manuel.— ¡No te temo cobardel... ¡Atrá!...: ¡atrá!...: ¿é azí como tú prueba el arrepentimiento?...

El vaquero retrocedió avergonzado.

—¡Perdón zeñora!...: ¡no zé lo que he jecho!...: ¡mataría a quien la ofendiera, y zin embargo la he ofendió yo!... ¡Ziento como zi júan vertío plomo jirviente en miz vena, y eze fuego me ha obligao a la ruin arsión!... ¡Dise bien Pedro Antonio cuando jabla e mí!: ¡meresco que m'ezpresien!... ¡Zeñora; er bezo ha zío robao, y er bezo d'un ange bien merese la vía!...

Y rápido como el pensamiento, se arrojó al corralizo.

María gritóle angustiada:

—«¡Niño» huyel ...: ¡aún no te ha vizto el toro!...: ¡métete en el chiquero y sierra la puertal... ¡Te creo!...: ¡te creo!...: ¡huye pronto!...; ¡yo te perdono!...

Había tal gesto de compunción en la faz de aquel hombre cuando dió a la joven sus excusas, que la ofendida túvolas por sinceras. Y tan sinceras fueron, que el culpable no quiso perdonarse a sí mismo lo que la propia ultrajada le perdonara.

Los cencerros de los mansos; el trote del ganado; las voces de los vaqueros; todo ese tropel, que anuncia el retorno de la vacada, escuchábase como rumor de tempestad que avanzara amenazadora hacia el lugar de la tragedia.

Segundos después de que el «Niño de Utrera» lanzárase en busca de la muerte, en el opuesto lado del terradillo aparecieron las figuras de algunos gañanes que, al darse cuenta del riesgo que corría el infeliz compañero, aprestáronse al

auxilio. Nobles propósitos que vieron la imposibilidad de realizar, al darse cuenta de la falta de burladeros.

El «Desavío» dejó de herir sobre el cuerpo inánime de D. Juan Manuel, y de pronto quedóse mirando al que iba a ser objeto de sus nuevas embestidas.

—¡Corre, «Niño», corre!...—seguida diciendo angustiada María del Carmen—¡corre al chiquero zin perdé momento!... ¡al chiquero; vete al chiquero; que «Dezavío» te mata!...

El de Utrera miró agradecido a la afligida hija de Pedro Antonio, pero no dió un sólo paso para esquivar el daño.

—¡Jaz lo que te dise la zeñora!...

—¡Juye; juye ezgrasiao!...

—¡Vete ar torí; quer toro te cogel!...

Así le gritaban los vaqueros, cuando el toro se arrancó codicioso; llegó hasta él, y enganchándolo con tremenda violencia, dióle mortal cornada en el vientre.

Con la faz descompuesta y un rictus de agonia en sus labios, el «Niño de Utrera» se puso de pie aprovechando una retirada momentánea del toro; dió algunos pasos vacilantes; y dijo a María con acento de dolor:

—¡M'a matao!...: ¡a mí tamién m'a matao!...: ¡me yevo er zecreto e mi muertel!...

Y cayó de nuevo para no volverse a levantar.

.
El juez, que no quiso hacer interrogatorio al-

guno la noche anterior preguntaba a María del Carmen, a la mañana siguiente.

—¿Y cómo explica usted el hecho, señora?...

—Si he de zé franca, diré que no me doy cuenta de lo ocurrido. ¡Fué aqueyo tan inezperado, tan de zúbito y tan horrible, que traztornó por completo mi serebro!...

—¡Lo creo señora!...: pero ya, ¿qué hacer?...: ¡no os queda otro recurso, que la cristiana y racional resignación!

—Habíamo yegado al enserradero;—continuó diciendo María—y mi ezpozo me hizo zubí hazta el terradiyo, quedando él en el corraliso acompañado del «Niño de Ultrera», zirviente leá a quien jamá olvidaré porque, zu noblesa, le ha coztado la vida...

—¡Fidelidad ejemplar!...

—Zólo hasía unoz iztante que pazeaba yo por la asotea, cuando ví que mi ezpozo ze dirigía a la puerta del torí, mientras que el «Niño» yenaba de agua el abrevadero. No zé zi incurrió en dezuido, quisá alguna imprudencia, tal vé un derrote del toro que hisiera zaltá del lecho el peztillo, ez lo sierto que cuando máz tranquila eztaba, ví corré a mi marido, abrirze la puerta, zalí «Dezavío», y, en zólo unos iztantes, tené lugá el cataclizmo. Ya no me dí cuenta de nada, ante el terror que me produjo la tragedia, y a punto eztuve de perdé la rasón.

.....

Todo lo declarado por María del Carmen tuvo

tan aparente fuerza de verismo, que el representante de la Ley dió por terminada su misión en aquella casa, y despidióse testimoniando su pesar a la hija de Pedro Antonio.

Se habló del drama algunos días; ultimáronse las diligencias, y dos semanas después, nadie se ocupaba ya del sangriento suceso de «Los Jarales». Que es muy olvidadiza la sociedad y gusta poco de persistir en aquello que pueda producirle dolores.

—¡Cuéntame toíta la verdá hija mía!

—¿No la adivina uzté, padre?...

—Zí: pero quiero oirla e tu boca...

Entonces María del Carmen, acercando su asiento al lado del que ocupaba Pedro Antonio, hizo fiel relato de la sangrienta escena.

—¿Y tú jaz tenío való pa jasé ezo?...

—¿Cómo no?... La muerte de Curro; el proyectado azezinato de mi padre; el dezeo de la dezhonra mía; ¿no ez bastante para que una mujé demueztre való?... ¡Lo único que me apena ez que un infelí haya zucumbido víctima de la fatalidá, cuando hiso abjurasió de zu culpa y comensaba a zinzerarze con zu arrepentimiento!...

—Ya eztá zatizfecha tu vengansa; ¿no e ezo?... pue bien; deja ajora quer tiempo vaya curando la jería que ha jecho er doló, y, ¡quién zabe zi aún puez zé felí?...

—¿Felí yo?...: mi porvení ya eztá previzto, padre...

—¿Pueo zaberlo?...

—¿Por qué no?... La fortuna entera de Cubero, enjugará muchaz lágrima a loz dezgrasiado, ya que él tantaz hiso verté... Azilo y sentro benéfico, conzumirán la mitá de zus mi yone; y el rezto, ha de zerví para el zostenimiento de aquéyo...

—¿Y tú?...

—Yo, convertida de nuevo en sensiya mujé del pueblo, viviré de mi trabajo, ayí, en la cazita de la que tan inicualmente me arrancaron para convertirme en el zer ma dezgrasiado de la tierra...

—¿Podrá zacrificá azina tu juventú?...

—¿Quién ze acuerda de eya?... Miz pocoz año eztán en la ansianidá, porque miz iluzione murieron apena nasida mi dezdicha... Yo he zido parca en egoízmio; ¡bien lo zabe uzté, padre!...: y zi fui parca en ezo día dorado en loz que dentro de nueztra pobresa todo noz zonreía, hoy en que todo yora en derredó mío, la parquedá aziende a negasión... La juventú ez para mí una quimera...: dulce zueño que ze ha convertido en horrible dezpertá... ¡Zon tan tenase miz zufriamiento!...

—¡Ez precizo que te jagaz fuerte!...

—¡No ez pozible padre!...

.....

¡Triste vida la de María del Carmen!... Para aquella mártir no había brillos en la luz del sol; estaba bajo la tiránica acción de esos momentos luctuosos durante los cuales donde se posa la mirada muere la alegría, gstea negativamente

la esperanza, aparecen hirientes los goces del pasado, el porvenir se espera como torcedor, el corazón flaquea, la razón declina y sólo un presente de tristezas se aferra a la voluntad para agotar los arrestos y torturar el alma.

Era inútil todo esfuerzo que hiciera el padre para convencer a la hija. El cuerpo se rendía, porque el espíritu se entregaba.

.
Pasada la fecha del duelo que, el horrible secreto del hecho le impuso, Carmela tornó de nuevo a la casita de la calle de la Parra, donde le aguardaban la anciana viuda de Canuto y las ahogadoras memorias de instantes felices.

Su contristado padre, la inconsolable Rosario y doña Francisquita, constituyeron el mundo para ella. Lejos de estos seres, no había nada más en la tierra.

Todos cuatro, con un sólo pensamiento; con un sólo dolor; con un sólo recuerdo:

¡Currito!...



CAPITULO XVIII

CLAVELES ROJOS

Todos los días muy de mañanita, cuando apenas la aurora colora la tierra con los delicados tintes de sus arreboles y besa los confines misteriosos por donde el sol comienza a expandir su cabellera de oro, una mujer envuelta en los pliegues de su manto negro como las penas que muerden sobre su corazón, avanza con paso vacilante, acusador de horrible cansera, para salvar la distancia que existe entre la capital de los deliciosos mares de la alegría, a esa otra donde reposan las aguas de las fuentes pródigas de los que lloran.

Llega la desconocida hasta la impresionante cancela que da entrada al misterio de la vida eterna; la empuja con visible desfallecimiento hasta hacerla girar sobre sus goznes que chirrean como graznido de ave agorera, y sigue

avanzando; avanzando siempre por las soledadas calles de la ciudad muerta.

Como aquella Santísima Madre que recorrió las bardas del Calvario para llegar hasta el pie de la Cruz de sus inmensos dolores, la enlutada asciende por la barda de sus grandes pesares, porque también, a semejanza de la Inmaculada María Betlemítica, tuvo su Cruz aquella otra María sevillana.

En medio de aquel silencio, escuchábase el triste hipear de la afligida, que con la cabeza inclinada hacia la senda que riega con sus lágrimas y en la pálida faz las indelebles huellas de su dolor, llega al pie de una sepultura sobre la que campea el signo de cristiandad, y debajo, esta lacónica y sentida inscripción grabada en rico mármol de Italia:

¡A MI CURRO! ¡SU MARÍA!

Seguidamente, y con letra menuda, esta quintilla recuerdo amargo de mejores días, y que al fin vino a convertir en realidad el presentir que acusara:

Lograste por tu querer,
volverme loca perdfa,
y me costará la vía
el horrible padecer,
porque es muy honda la herfa.

Carmela, sí; Carmela era la que ha un año

venía concurriendo diariamente al tétrico lugar de eterna quietud, para depositar sobre la tumba de Currito un ramo de claveles como la nieve de la sierra puros.

Aquella mujer, antes promesas y alegrías; ahora duelos y desesperaciones, se arrodilló ante el severo túmulo orando fervorosamente por el que se le aparecía como en la tarde trágica, llamándola con voz dulce y misteriosa plena de amores santos, de férvidos recuerdos, de puras ansias.

«¡Ven María: no me dejes solo!»

Arrastrada por el incentivo embeleso de aquella voz imaginaria, María, sollozante se incorpora, y tendiendo el brazo, deposita la aromosa ofrenda en el mármol gélido y albero.

Una tos seca y pertinaz acomete a la contristada visitante; inunda su frente un sudor frío; ciérranse sus ojos; sus labios se contraen con rictus doloroso; sus piernas vacilan, y rueda al fin con estertores de expiración sobre la sepultura del ídolo llorado.

Al caer, hanse desprendido de su mano las blancas flores y quedan sobre la piedra cineraria que a la vez recibe aquel cuerpo jadeante. María, asiéndose a la cruz que se relieva como los exergos de las medallas de Cartago, respira ahogadora, febril, anhelosa, hasta que un nuevo golpe de tos honda, deja escapar por la decolorada flor de sus labios borbotones de líquidos rubíes que manchan la impoluta blancura sepulcral

besando de paso aquel ramito de lindísimos claveles.

.

El eco trae hasta el Camposanto el tétrico tañir de las campanas; esos dobles vibrátiles, que tanto sobrecogen el corazón y duelen al alma.

La Giralda llora el recuerdo de aquellos días en que el Redentor del Mundo hubo de sacrificarse por la Humanidad; llora la torre famosa, a la que hacen coro sus parroquiales hermanas.

En las rejas de María, los tiestos de flores esperan sedientos el riego vivificador con que los alimentaran aquellas manos que dieron celo a las rosas, para llorar ellos también con perfumado lagrimeo el paso del Cristo de San Lorenzo, del Cristo del Gran Poder, del Cristo de los Macarenos.

La saeta; la mágica saeta sevillana, no surgiría aquel año de labios de la bella cantora que la salmodiara con místicos gorjeos de humano ruiñeñor.

Imágenes prodigiosas, brillosos de oro, rielar de piedras irisadas, luz pródiga, silencio reverente de una multitud atisbadora y fervorosa; la Fe infiltrándose en los corazones y los corazones henchidos de salvadora Fe; los hechiceros rostros de las bellas, tocadas con las ricas blondas de sus mantillas que asemejan espumas acariciadoras, besando sobre la suprema gracia de aquellos ángeles de la Tierra; el ambiente satu-

rado de perfumes, los perfumes saturados de promesas; todos los atisbos deliciosos con que sabe influenciarnos la gloria sevillana; todos los sueños, todas las seducciones de pasados años...: pero no; hemos dicho mal...: todos no, porque falta la más linda perla de Andalucía; la mujer de ojos hechiceros, de conturbadora sonrisa siempre aprisionada en la encendida amapola de sus labios; la de cuerpo escapadizo, venusto, crotalino; la de seráfica bondad; el querube macareno que al desplegar sus alas, todas las campanas tocaban a gloria, y toda la gloria de su gracia seductora adentrábase en los corazones...

—¡María del Carmen!...:—gritaba la fama—¿dónde está María?... Y María quedábase allí; sobre una losa del Composanto...: allí quedábase rígida, fría, cubierta de gasas, con sonrisa de mártir que espera la redención de sus pecados, asida a la cruz relievada como los exergos de las medallas de Cartago...: allí, entre flores de cáliz tubuloso, de albarina pureza, que al besarlas los líquidos corales de su vida rota, el hado las convirtió en claveles rojos...

¡María!... ¡María!... ¡Qué dulce nombre!... ¿No se debieran llamar así las almas?...

...

... Cuando el isócrono repiqueteo de las campanas ensordece el espacio y desde los balcones caen las aleluyas como policromada lluvia de flores deshojadas y el morterete retumba con su

horrísono estampido, y el cohete ensordece y gime la guitarra y surge el canto alegre y la loca algarabía anuncia a bronce triunfal la sacrosanta ascensión del Resucitado; cuando el firmamento resplandece espléndido por la cegadora luz de un sol hirviente y la hembra garrida sale a la reja con ansias de aspirar los perfumes de sus juncias, de sus albahacas y de sus claveles; cuando el mozo arrogante cruza la calle donairoso y decidido, provocativo y retador para quien dirija la mirada a la mujer que alienta sus pasiones, y el griterío hiere los oídos y el travieso rapazuelo brinca y goza haciendo escuchar el afónico martilleo de su matraca; cuando surge de nuevo el goce, el movimiento, la vibración y vuelve todo a la vida después del marasmo de la Semana Grande, vieron con tristeza los macarenos la cerrada reja de aquella casita de María del Carmen, y tras de los hierros, los tiestos silenciosos con sus flores mustias, tristes, mortalmente heridas; con sus flores de cálices fragantes, bañadas por las titiladoras y diamantinas gotas de rocío, como lagrimeo doloroso arrancado de aquellos cuerpecitos tiernos; de aquellos cuerpecitos que lloran por la que partió rauda, para nunca más volver a prodigarles sus cuidados y sus caricias.

Aquel Sábado de Gloria, como cuadro apoteósico de una grandeza ideal, dicen que se vió a Jesús subir; subir como en la Transfiguración hasta la cima del Thabor, entre Moisés y Elías;

y a sus pies, de impalpabilidades de sombra, dos
almas puras, unidas, prietas, dos cuerpos de es-
fumadas líneas mundanales, pedíanle paz, paz,
cubriéndolas Dios con su manto inconsútil, ful-
gente y piadoso, mientras que la Giralda, allá
abajo, seguía cantando el aleluya con sus multi-
plicadas lenguas de bronce.



EPÍLOGO

—¡Niña!...: ¿pero qué te paza?... ¡dezpierta de una ve, fontona!...

—¿Dónde eztoy?...

—¿Cómo que dónde?... ¡tié gracia!... pue en Zeviya; en la caye del Ezparmarejo, y a la vera del hombre que má te quiere en er mundo...

—¡Ay, Currito mío!...: ¡qué zueño má horrible!...

—¡Zangrezita; gitana e mi arma!...: ¿y yora tú por ezo, boba?... Loz zueño, zon zueño, y no jay que jaserle cazo...

—Niño; ¡zi paese que ajora te quieo má!...

—¿De vera ezo?...

—¡Por ezta que zon cruse!...

—Y, dime, vidita: ¿qué zueño ha zío er bendito zueño a quien debo el aumento e tu querer?...

—Luego te lo diré.

—No; ajora.

—Ajora no podría...

—¿Tan grave e la coza?...

—Haste tú cuenta, que te he visto morí eztro-saíto en la cabeza e un toro...: y, yo...

—¡Mira; mira qué carita má requetepresiosa pone jasiendo pucherito que guizan amore y ventura!...

—¡Cáyate ya!...

—¡Vente p'aquí carifñito!...: ¡orvía pezare, y a viví rozita temprana!... ¡Deja tú corré lo cuatro día que uno paza en ezte picariyo mundo, que ezo zí que e zoñál... ¡E tan jondo er penzamien-to, cuando er penzamiento z'emperra en conosé er zecreto er viví!... pero fuera e cavilacione, por-que cavilá e locura pa er que no cavila... ¡Ven-ga alegría zi e verdá la alegría!...

—Tú me quiere mucho, mucho, Currito?...

—¡Lo que Jozú quería a la Vingen!...

—¡Farzo!: ¡qué carito me cueztan tuz quererel!

Y, gatuna, mimosa, anhelante de pasión y de santos deseos, rodeó con sus brazos escultura-les el fornido cuello del esposo, y éste, en pago, hizo estallar en el coral de aquellos labios bru-jos un beso enloquecedor.

—¡No yore tú má, mi María er Carne; que no hay coza que tanto m'apene, como ve lagrimita en tuz ojo retrechero...: en ezoz ojo que tan lo-quito me fraen, y que tan dezezperaíto me ponen cuando no me miran la vese que yo creo que de-bían mirarme!...

—¿Cuánta, cuánta, anziozo?...

—Mira: te lo diré cantando, y verá qué preziozo zale: ¡mi por mi, diemí!... ¡dié por diemí, sienmí!... ¡dié por sienmí, un miyóoon!... ¡Ezo mizmito: un miyón de vese por minuto quiziera yo que tuz ojo me miraran, y aún me queo corto!...

—¡Ezagerao!...

—¿Ezagerao yo cuando digo e quererte?... ¡Tú entonse no *chanela* tor pezo e mi cariño!...

—¡Cuando dise e quererme!...: ¿y cuándo no lo dise?...

—Pero ramito e asusena: ¡zi lo eztoy isiendo ende que me afisionaron ar chupeteo er biberón y lo he de zeguí isiendo jasta que no me farte la vía!...

—¡Embuztero!... ¡Tú zí que me va a matá a mí!...

—¡Caya por Dio sielito mío!...: ¡no diga eza coza!... ¿qué jago yo zin mi Mariquiya, y qué jase mi Mariquiya muriéndoze endenante e zabé zi er chavá será rubio o moreno?...

—¡Granuja!...

—¿Y por qué va a zé granuja er niño?... ¡vamo a ve!...

—Er niño, no: ¡tú!...

—¡Grasia, pimpoyol!...: pero jóyeme corason-sito: ¿e de vera que te va a morí enzeguía?...

—No paze tú pena, que yo no me muero tan y mientras que te tenga aquí; aquí; ¿zabe?... mu pegaíto ar caló e mi pecho... Pero ajora, ez-

cucha ¡zo bribón!: zi arguna ve me engaña, no te va a matá er toro, porque te vo a matá yo...: ¿zabe?...

— ¡Jiere ya *azezina!*...

— ¿De vera?...

— ¿Cómo que zi de vera?...: ¡j abre tuz brasito pronto!...

— ¿Pa qué quiere tú ezo, gorfo?...

— ¿Que pa qué?...: ¡pa encontrá la *zepertura* e foíto miz pezare!

— ¡Z'a muao el enterraó!...

— ¡Dile que venga Mariquiya!... ¡que ze lo píe un criztiano!...

— ¡Ten carma!

— ¿Carma dise a un pecaó arrepentío?...: ¿no me eztá viendo loquito?...

— ¡Vente ya p'acá que yo te ate, zo tunante; no vaya a jasé conmigo una esaborisión!...

— ¿Me perdonaba?

— ¡Y te bendesía luego, zi pa luego me queaba una mijitita azín e zentío!...

— ¿Quién dise eso?...

— ¡Ezte corasonsiyo que yevo aquí dentro, y que el pobresito ziente dolore e tanto quererte!...

— ¡Mi Carmeliya!...

— ¡Pero charrán que el enterraó ezperal!...

— ¡Pue márame ya!; ¿u quiere que m'entierren vivo?...

— ¡No mi armal!...: ¡a *ezpichá* jan tocao!...

— ¡Zi ezto e morí, me peza no jabé penzao en er *zuzidio* dende que tuve rasón!

.....
En el immaculado altar de los amores, un matrimonio feliz quema incienso a la fe jurada.

Suspiros nacidos de sagradas pasiones, suben al cielo como tierna ofrenda que dos almas vibrátiles elevan a Dios, para que Él las unja y bendiga.

Son las diez de la mañana del *Sábado Grande*.

El deleitoso arrullo de los goces, se confunde con el alegre voltrear de las campanas.

¡¡Tocan a Gloria!!...

ÍNDICE



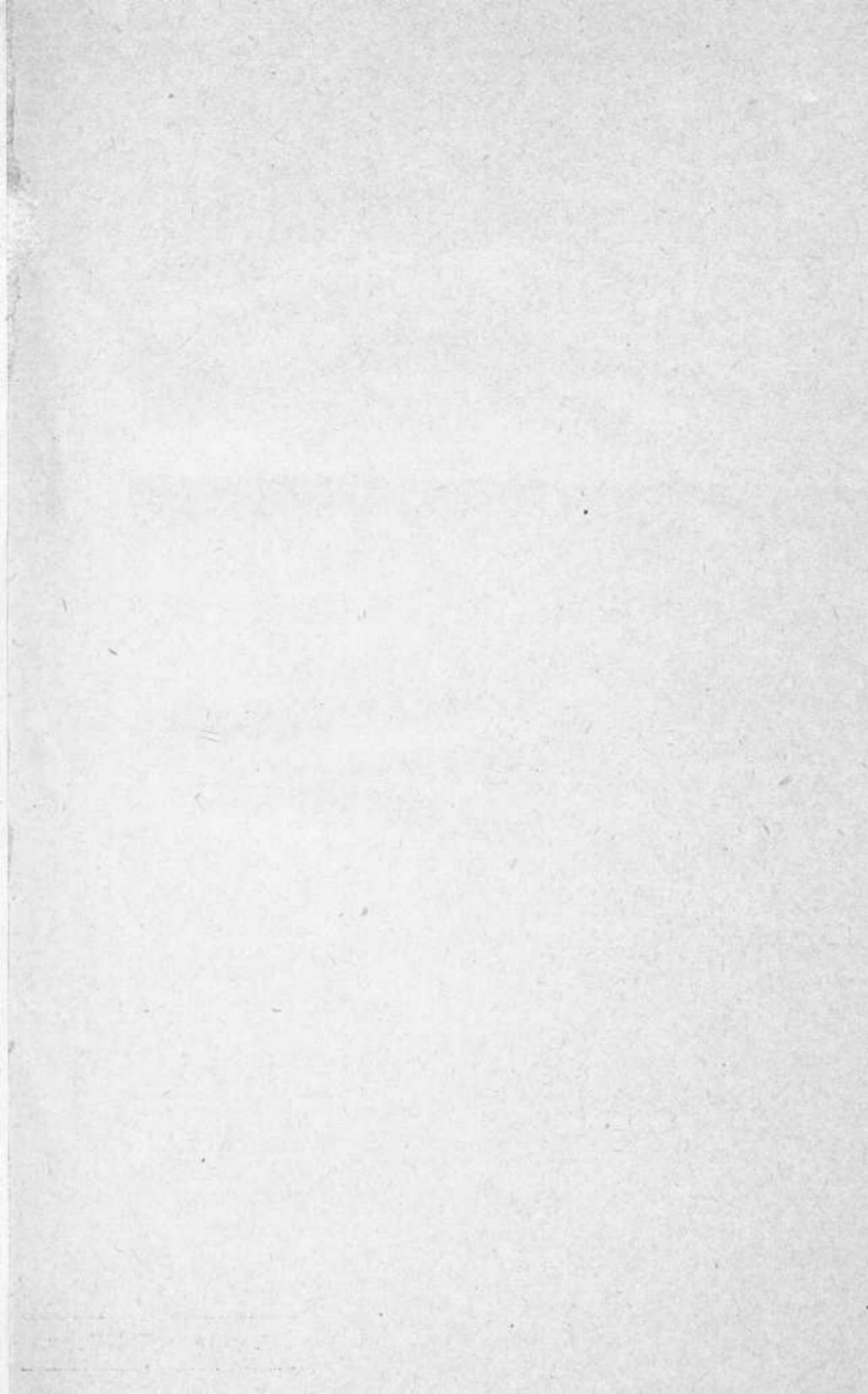
TOMO PRIMERO

	<u>Páginas</u>
Prólogo	5
Cap. I.—María del Carmen.	13
Cap. II.—Currito Ramírez	25
Cap. III.—En la Dehesa	47
Cap. IV.—Después de la fiesta	101
Cap. V.—La Declaración.	111
Cap. VI.—Viernes Santo	131
Cap. VII.—La Despedida	165
Cap. VIII.—Camino de Cádiz	199
Cap. IX.—En Plea Mar	207
Cap. X.—Currito en Méjico	245
Cap. XI.—Antes que Curro, triunfa «Canela».	275
Cap. XII.—La gran tarde	303
Cap. XIII.—Noticia funesta.	323



TOMO SEGUNDO

	<u>Páginas</u>
Cap. I.—Mirada retrospectiva	3
Cap. II.—El Castigo	37
Cap. III.—El triunfo del ganadero	63
Cap. IV.—Escena dolorosa	79
Cap. V.—La vil declaración.	95
Cap. VI.—El Sacrificio	113
Cap. VII.—El Perdón	127
Cap. VIII.—Las cañas se vuelven lanzas	141
Cap. IX.—Preparando la venganza	173
Cap. X.—Santidad y Miseria	201
Cap. XI.—Sábado de Gloria.	209
Cap. XII.—La tragedia.	223
Cap. XIII.—¡Mater Dolorosa!	259
Cap. XIV.—La otra víctima.	269
Cap. XV.—El arrepentimiento	279
Cap. XVI.—Preparando el castigo	295
Cap. XVII.—La pena de Talión.	311
Cap. XVIII.—Claveles Rojos	333
Epiflogo	341

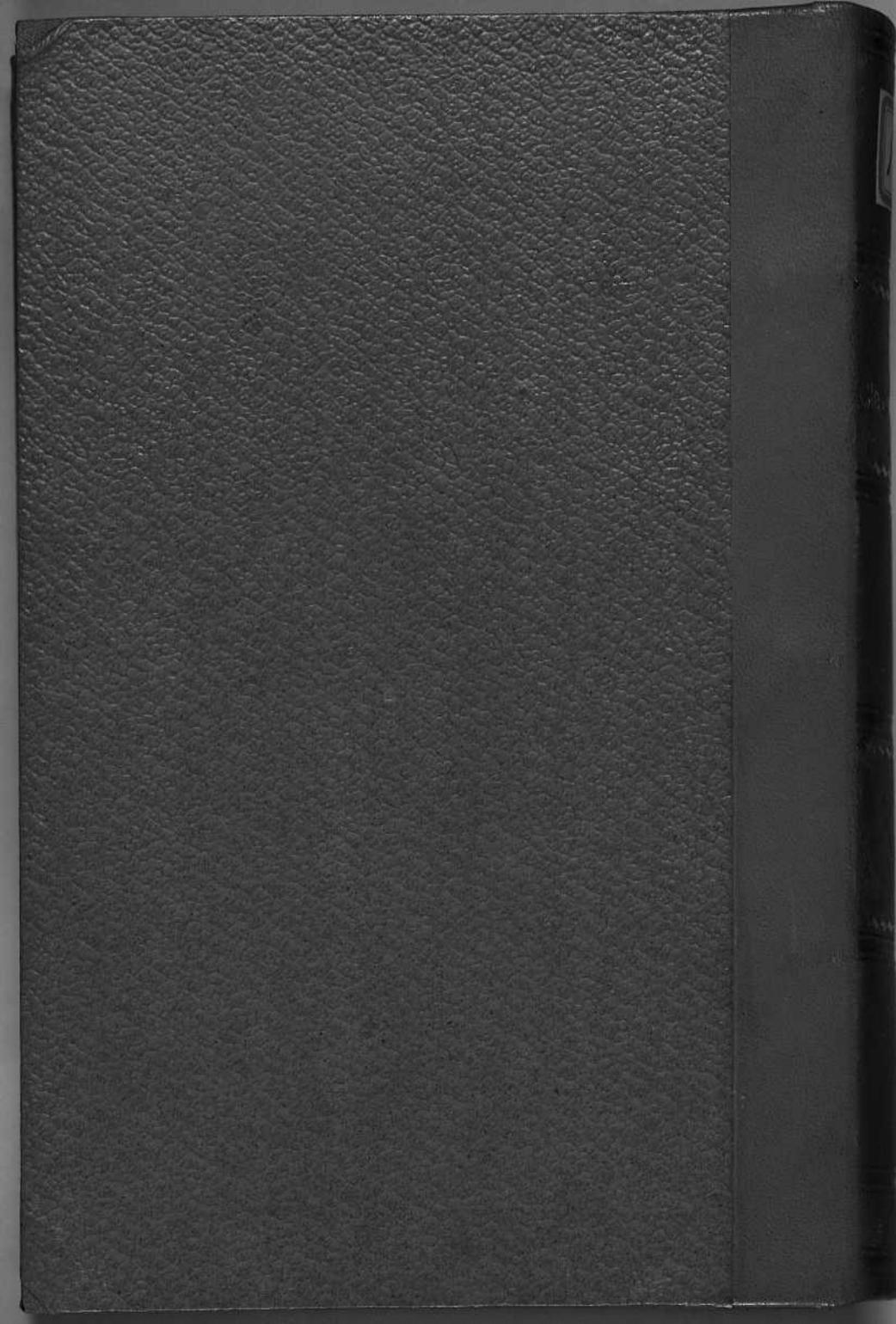


Precio: 3'50 Ptas.

MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Número. <u>570</u>	Precio de la obra.....	Pesetas
Estante. <u>2</u>	Precio de adquisición..	
Tabla... <u>1</u>	Valoración actual.....	
Número de tomos.		



S. H. O.

R. BAYO

Clavetes Rojos

2